

Novela **A.J. Ubero**

La vida en carne viva

SUPONGO QUE CUANDO ALGUIEN CUENTA SU VIDA en siete volúmenes es que tiene mucho que decir. Y si una editorial publica el primero de ellos, cabe pensar que los demás vendrán después y ha de ser muy bueno el material para semejante apuesta. Si ésta, además, depende de cómo funcione en el mercado esta entrega teniendo en cuenta lo abigarrado de la oferta literaria, el contenido ha de ser excepcional. Pues bien, después de leerlo he de sugerir al lector que gusta de emociones literarias que lo busque, lo compre y lo disfrute, pues así se conseguirá que Libros del Asteroide lo tenga mucho más fácil para publicar los seis libros que siguen a Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado.

Maya Angelou tiene mucho que narrar. Sí, narrar, porque su vida -al menos en la parte que abarca esta primera entrega- es una auténtica novela. Y quizá por eso emplee un estilo que confiere a los hechos reales que recoge en este libro un espíritu que lo acerca a la ficción; tanto que a ratos se prefiere que todo lo que se está leyendo sea una patraña de la imaginación y no la cruda y terrible realidad.

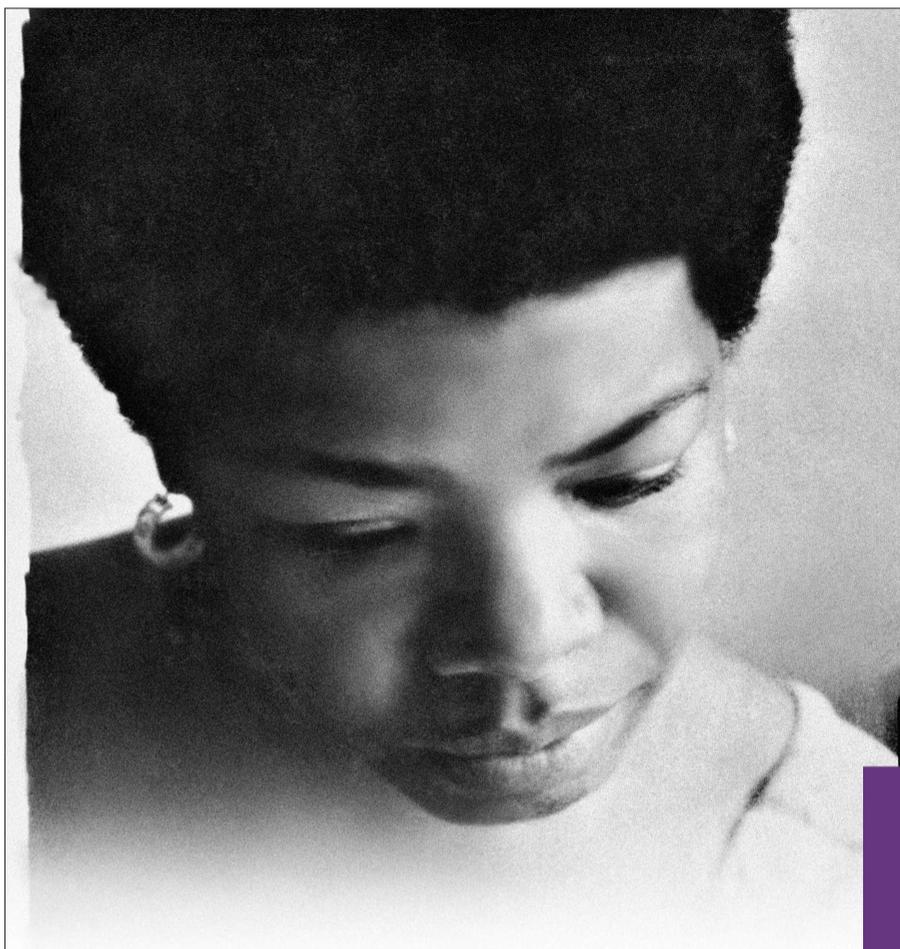
La escritora de San Luis acarreo la pesada carga del color de su piel a lo largo de toda su vida, revelando el cinismo enciclopédico de una sociedad como la norteamericana respecto a las razas. Ya era una reconocida defensora de los derechos civiles y una de las poetisas más reputadas en Estados Unidos, cuando sus obras y concretamente esta que me ocupa sufrieron los embates de la censura, hasta el punto de que fueron apartadas de las escuelas por su supuesta carga de violencia.

Pero uno se pregunta cuando lee estas páginas cómo se puede ocultar la violencia si se ha convivido con ella; cómo hurtar a la vista de esas hipoócritas gentes de bien el maltrato físico, psicológico y espiritual que le ha propinado la sociedad a la que pertenecen; cómo dulcificar la vida de quien se vio obligada a prostituirse; cómo obviar la penumbra de los garitos donde se ganaba la vida interpretando canciones ajenas; cómo ofrecer una vida si se la ha privado de ella.

Maya Angelou se limita a realizar un intenso ejercicio de sinceridad y el resultado es un libro abrumador, incómodo si se quiere pero absolutamente necesario para entender hasta qué extremo es capaz el ser humano de maltratar a sus semejantes, por esa estúpida razón del color de piel o por creer en un dios diferente.

No se anda con remilgos a la hora de exponer el alcance de la vesania, la profundidad de la perversión y la naturaleza del odio; Angelou narra una vida que fluye de lo más íntimo, sin dotar a sus textos de más artificio que el necesario para mantener una estructura coherente y lo suficientemente ágil. Pero su alma recorre cada palabra de este relato, transmitiendo al lector el dolor, la esperanza, las pequeñas satisfacciones, los anhelos, la humillación y también el amor por sus seres queridos: su hermano por encima de todo.

Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado es una obra dura y sentimental, en la que se asiste a la vida en carne viva de una mujer que luchó no sólo por sobrevivir, sino para que otros como ella superaran el destino nefasto impuesto por los otros.



La escritora norteamericana Maya Angelou. HENRY MONROE



Una vida errante

► La vida de Maya Angelou transcurrió en pleno tránsito. Pasó la mayor parte de su niñez con su abuela en un pueblo de Arkansas; luego vivió con su madre en San Luis y residió también en California. Viajó por Europa y África hasta convertirse en un referente de su comunidad.

MAYA ANGELOU

Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado

► Traducción de Carlos Manzano

LIBROS DEL ASTEROIDE

Novela **Héctor Tarancón**



Carne de píxel

LOS QUE MIRAN, LLEVA LA LARGA intensa trayectoria ensayística de Remedios Zafra, centrada en cuestiones de género, el feminismo y la domesticación invisible de la cultura digital, entre otros muchos temas, a un nuevo nivel, narrativo en este caso, en el que el discurso intenta, con mayor o menor éxito, palpar los límites del dolor para, en un segundo movimiento, huir del estancamiento y de todos los sentimientos que se adhieren viscosos, pesados, cuando nos atenaza la pérdida de un ser querido cercano: «Hasta dónde puedo mirar sin morir» (p. 63). De este modo, desde una voz subjetiva, marcada de forma decisiva por un tono abstracto como consecuencia del distanciamiento emocional y la introspección obsesiva, Zafra moldea y retuerce la narración como una larga letanía desesperada en la que el lenguaje inunda cualquier mínimo detalle, por ende, su imposibilidad para expresar la raíz de todo. Desde esta perspectiva, lo

obviado resulta esencial a la hora de comprender la historia, pues el olvido, la necesidad de borrar lo que a diario ve o recuerda la protagonista, conforma el proceso por el que la búsqueda de un equilibrio emocional necesita ser reconstruido constantemente hasta su resultado final, si lo hubiera: «Esa sensación de serenidad impostada es lo que más me punza; que todos sigan igual y que yo sienta que todo es distinto» (p. 67).

No obstante, *Los que miran* también deja entrever toda una serie de cuestiones, más filosóficas y sociológicas, que van adquiriendo mayor protagonismo conforme el final se acerca. Si algo marca el desarrollo de la novela es, sin duda, la problemática construcción de la identidad, que autores como Eloy Fernández Porta o Sadie Plant han calificado de imposible en la medida en que ésta está supeditada al capitalismo, las modas y los mensajes de los medios de masas. De este modo, des-

de la base de la identidad como farsa, la autora analiza el choque de dos mundos contrapuestos totalmente: el de la tribu (la vida provinciana), dominado por el peso del pasado, el predominio de la masa, los gustos y las emociones, en no pocas ocasiones místicas; y el tecnológico, deslocalizado y líquido, dominado por la proyección hacia el futuro, el espacio del individuo, la reflexión y la lógica normativa: «verse a uno es algo que habitualmente genera desasosiego y ganas de marcharse, quizá por eso mucha gente aquí, también los jóvenes, sigue prefiriendo mirarse en el pasado y pasa de largo por los espejos y los libros».

Todo este proceso, por otra parte, se

acentúa por las citas teóricas iniciales de cada capítulo y, decisivamente, por el peso de la mirada, a medio camino entre la hipervisibilidad, la necesidad de ser visto para triunfar y avanzar, y la ceguera, el desconocimiento de todos los mecanismos que, de manera imperceptible, establecen unas leyes y unos muros que supeditan la vida a una serie de marcadores que distinguen lo permitido de lo prohibido. Así, en última instancia, la escritura queda constituida como una punzada oxidante, amarga, que poco a poco permite la superación del duelo, la urgencia, y el sinsentido social hacia una calidez desde la que conectar y renovar el mundo: «Es mentira que pueda elegir.» (p. 74).



La construcción de la identidad

► Si algo marca el desarrollo de la novela de Remedios Zafra es, sin duda, la problemática construcción de la identidad, que autores como Eloy Fernández Porta o Sadie Plant han calificado de imposible en la medida en que ésta está supeditada al capitalismo, las modas y los mensajes de los medios de masas.

REMEDIOS ZAFRA

Los que miran

► FÓRCOLA